

LUGARES DE MEMORIA TRAUMÁTICA

REPRESENTACIONES MUSEOGRÁFICAS
DE CONFLICTOS POLÍTICOS Y ARMADOS

Iñaki Arrieta Urtizberea (ed.)

eman la zabal zaku



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

Bilbao, 2016

CIP. Biblioteca Universitaria

Lugares de memoria traumática : representaciones museográficas de conflictos políticos y armados /Iñaki Arrieta Urtizberea (ed.). – Bilbao : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, 2016. – 267 p. : il. ; 24 cm.

D.L.: BI-966-2016 — ISBN: 978-84-9082-431-3

1. Historia – Museos. 2. Memoria colectiva. 3. Museos – Aspecto educativo. I. Arrieta Urtizberea, Iñaki, ed

069:9

069.1

930.1

Fotografía de la portada: San Telmo Museoa (Donostia-San Sebastián)

Autor: Iñaki Arrieta Urtizberea

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-9082-431-3

Depósito legal/Lege gordailua: BI-966-2016

Índice

<i>Recordar y olvidar: emprendedores y lugares de memoria, Iñaki Arrieta Urtizberea</i>	11
<i>De monumentos de piedra a patrimonio inmaterial. Estrategias políticas, museológicas y museográficas de presentación de la memoria, Xavier Roigé</i>	23
<i>La représentation du conflit dans les musées en Irlande du Nord: stratégies d'exposition, Karine Bigand</i>	49
<i>La memoria del exilio republicano a través de sus espacios: patrimonio, turismo y museos en el territorio catalán transfronterizo, Jordi Font Agulló, David González Vázquez, Gemma Domènech Casadevall y Salomó Marquès Sureda</i>	71
<i>De las trincheras al museo: sobre el reciente proceso de patrimonialización de la Guerra Civil española en Euskadi, Xabier Herrero Acosta y Xurxo M. Ayán Vila</i>	99
<i>Donner corps à une mémoire et faire éprouver le passé: appréhender la muséalisation de la mémoire au Musée de la Stasi de Berlin Lichtenberg, Marie Hocquet</i>	123
<i>Le visible et l'invisible des mémoires douloureuses aux musées, Dominique Chevalier</i>	153
<i>Patrimonialización de lugares vinculados a memorias traumáticas: políticas públicas sobre el pasado reciente en Uruguay, Ana María Sosa</i>	179
<i>Del relato oficial a la recepción de los visitantes: análisis de la puesta en escena del pasado reciente en el Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos de Chile, Malena Bastías Sekulovic</i>	199
<i>Creating Peace at the Canadian War Museum, Kathryn Lyons</i>	221
<i>Promenades sur les champs de ruines, Jean-Yves Boursier</i>	251

Recordar y olvidar: emprendedores y lugares de memoria

Iñaki Arrieta Urtizberea¹

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

1. LA MEMORIA INDIVIDUAL

Desde hace cuatro décadas el interés social, cultural y político por la memoria o, mejor dicho, por las memorias se ha acentuado, dando pie a un incremento considerable de investigaciones y estudios (Macdonald, 2013: 10-11; Tamm, 2013: 458). Este libro es otro ejemplo más de esa proliferación. Ese interés creciente tiene diferentes y variadas causas. Entre ellas están, por ejemplo, la aceleración del ritmo de vida a medida que la globalización y la posmodernidad se han ido consolidando, la desaparición de las grandes narrativas ideológicas que vinculaban el presente de los colectivos sociales con su pasado y los proyectaban al futuro, o las reclamaciones de los excluidos o silenciados tras las guerras mundiales u otros conflictos políticos violentos, reivindicando su presencia en los discursos históricos y en las memorias colectivas (Assmann, 2006: 210-211). También la crisis de la Historia, definida en este caso como disciplina científica, ha dado pie a debates epistemológicos acerca de la relación entre la historia, es decir, el devenir temporal de los acontecimientos, y la memoria, como el recuerdo de los mismos (Allier Montaño, 2008: 171-173). Solamente hemos apuntado unas cuantas causas y ya se puede advertir de la complejidad del «fenómeno de la memoria» (Macdonald, 2013: 12). Por tanto, ante semejante complejidad, nuestro objetivo en este texto introductorio se limita a proponer algunas breves cuestiones y reflexiones acerca de la memoria y, a su vez, del olvido.

¿Qué es la memoria? La memoria es una facultad psíquica que tienen, tenemos, los seres humanos, que desarrollamos, consciente o inconscientemente, y que, a su vez, nos hace ser. Habitualmente se suele entender como un *depó-*

¹ Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del grupo investigación *El patrimonio cultural y natural en tiempos de crisis. Retos, adaptaciones y estrategias en contextos locales* (CSO2015-68611-R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Deseo agradecer a Agustín Arrieta Urtizberea (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea) las sugerencias realizadas al borrador de este trabajo.

sito o *almacén* de recuerdos de hechos, acontecimientos, fenómenos o vivencias que disponen hombres y mujeres. Pero no cabe duda de que si nos limitamos a esa idea, equiparándola a la memoria de los actuales ordenadores o a las colecciones de los museos, estamos muy lejos de dar cuenta de dicha facultad. La memoria es también un proceso. Un proceso, gracias al cual se constituye dicho depósito y se conservan y se actualizan los recuerdos a lo largo del tiempo. Es, por tanto, un proceso creador y dinámico que implica además la rememoración de dichos recuerdos (Morin, 1993: 145).

La rememoración, el hecho de recordar un acontecimiento o una experiencia no consiste *solamente* en la reactivación de un engrama o una huella cerebral. Se trata de la recuperación de una *esencia*, de una *idea* general, y de la *reconstrucción* de los detalles concretos, condicionada por el contexto presente, las emociones y las expectativas del momento en el que se da dicha rememoración (Siegel, 2007: 58). En ese sentido, hay un acuerdo entre los especialistas en esa materia acerca de la importancia del contexto en el que se recuerda (Sutton, 2010).

No obstante, conviene no caer en un *presentismo* absoluto a la hora de analizar la rememoración. Por un lado, porque aquel acontecimiento, aquella experiencia o vivencia codificada y conservada en el cerebro condiciona el presente de quien recuerda (Siegel, 2007: 52). Por otro, porque el cómo se ha codificado y se ha conservado el recuerdo influye también en la posterior rememoración. Es decir, en la codificación y durante la conservación son importantes también los contextos en los que se dan esos dos procesos, además del estado emocional del individuo y sus expectativas. Sin olvidar tampoco los *defectos de funcionamiento* o *pecados* de la memoria (Schacter, 2003: 13-14). Por tanto, conservar o almacenar recuerdos en la memoria, aunque ambos términos sugieran cierta inmutabilidad o persistencia, son procesos de «recategorización continuo» (Candau, 2006: 13), los cuales irán cambiando o incluso, como bien sabemos, desapareciendo a lo largo de nuestra vida. Y todo ello condicionará el proceso de rememoración.

Al hilo de la pérdida o el borrado de recuerdos, es decir, del olvido, hay que subrayar que no es necesariamente un proceso negativo ya que se trata de una adaptación óptima al entorno, que posibilita un mejor acomodo del ser humano y un mejor funcionamiento de la memoria (Schacter, 2003: 231). No obstante, más allá de las frustraciones que plantea el olvido ante la incapacidad de recordar un hecho, un dato o una experiencia, éste, cuando se generaliza, tiene consecuencias dramáticas ya que conlleva la aniquilación del individuo al borrar todos sus recuerdos, al perder, en definitiva, su identidad, su ser.

Pero esta publicación no aborda el tema de la memoria individual, sino el de la memoria colectiva. No obstante, hemos considerado conveniente presen-

tar brevemente esas consideraciones acerca de la memoria psicológica y subrayar, de este modo, la interrelación que se da entre la memoria individual y el contexto en el que se da dicho proceso, y que trasladaremos al caso de la memoria colectiva.

Pensamos que la memoria individual y la memoria colectiva tienen aspectos comunes. Dichos procesos tienen como consecuencia proporcionar una identidad, un sentido de continuidad a los individuos y a los colectivos sociales. Sin embargo, al ser procesos que se plantean en niveles diferentes, el psicológico y el social, hay que evitar cualquier reduccionismo teórico y metodológico que borre las especificidades propias de cada nivel. Así, por ejemplo, los conceptos psicoanalíticos serían inapropiados a la hora de explicar la memoria colectiva, aunque puedan presentarse como metáforas atractivas (Burke, 2011: 499). Como sostiene Iwona Irwin-Zarecka, «al hablar del olvido social, haríamos bien dejando al margen las categorías psicológicas o psicoanalíticas y centrándonos, más bien, en los factores sociales, políticos y culturales en acción» (citado en Kansteiner, 2007: 35).

2. MEMORIAS COLECTIVAS: SOCIAL, POLÍTICA Y CULTURAL

Como afirma Aleida Assmann, los seres humanos no viven sólo en primera persona del singular, también lo hacen en primera persona del plural. Este *nosotros* aporta el contexto, que decíamos en el apartado anterior, es decir, los marcos sociales y culturales en los que un ser humano se desarrolla, a saber, una estructura explícita e implícita de valores, intereses, experiencias, narrativas y recuerdos (2006: 226). Un ejemplo, simple pero muy esclarecedor, es el lenguaje, que es un sistema de comunicación social, a través del cual se expresan, se actualizan y se transmiten los recuerdos de generación en generación. Otro ejemplo. Hay casos en los que no se puede discernir claramente o, incluso, no se sabe a ciencia cierta si un recuerdo proviene de una experiencia propia o ajena (Assmann, 2006: 222-223). La línea divisoria entre la «memoria primaria», basada en experiencias personales, y la «memoria secundaria», constituida por narraciones transmitidas acerca del pasado, no siempre es fácil de trazar (Burke, 2011: 491). De este modo, no es de extrañar que haya quien defienda que la memoria individual no existe (Kansteiner, 2007: 34-35). Sin caer en este reduccionismo y evitando anular las especificidades que tiene cada una de las memorias, consideramos que es mucho más fructífero abordarlas teniendo en cuenta las interrelaciones que se dan entre ambas.

Se podría definir la memoria colectiva como el conjunto de acontecimientos, hechos, experiencias, vivencias, imágenes, conceptos, nociones, símbolos, significados o categorías —incluimos también lo que se ha denominado sus «marcos sociales»— que un colectivo de individuos comparten, en algún

grado, así como el proceso a través del cual todos los constituyentes de ese conjunto son registrados, conservados, actualizados, transmitidos y representados. Aunque sea un «fenómeno sumamente escurridizo» (Kansteiner, 2007: 32) da cuenta de algo *real* que condiciona la memoria de los individuos y, por tanto, sus vidas.

Fue Maurice Halbwachs quien definió la noción de «memoria colectiva» para contrarrestar aquellos planteamientos psicológicos de finales del siglo XIX y principios del XX que hacían hincapié en la memoria como un fenómeno fundamentalmente individual y explicado por procesos mentales. Partiendo de la sociología de Durkheim, Halbwachs mostró el carácter social de las memorias individuales y de la existencia de una memoria colectiva, en cuyo marco se desarrollan las psicológicas. Así la definía Halbwachs en 1925:

On est assez étonné lorsqu'on lit les traités de psychologie où il est traité de la mémoire, que l'homme y soit considéré comme un être isolé. Il semble que, pour comprendre nos opérations mentales, il soit nécessaire de s'en tenir à l'individu, et de sectionner d'abord tous les liens qui le rattachent à la société, de ses semblables. Cependant c'est dans la société que, normalement, l'homme acquiert ses souvenirs, qu'il se les rappelle, et, comme on dit, qu'il les reconnaît et les localise. (...) C'est en ce sens qu'il existerait une mémoire collective et des cadres sociaux de la mémoire, et c'est dans la mesure où notre pensée individuelle se replace dans ces cadres et participe à cette mémoire qu'elle serait capable de se souvenir (1925: VIII-IX).

No es cuestión de abordar ahora los debates que este planteamiento ha suscitado, y lo sigue haciendo, entre los estudiosos de la memoria acerca de la preponderancia o la determinación de la memoria colectiva sobre la memoria individual, o viceversa. Como decíamos, consideramos que es más apropiado señalar que ambas memorias existen, que están interrelacionadas, pero que dan cuenta de ámbitos específicos, en cada uno de los cuales emergen cualidades/propiedades nuevas (Morin, 1993: 432). Procesos emergentes se dan también cuando se pasa del nivel biológico al psicológico. En este segundo nivel emergen la consciencia, el pensamiento o la imaginación, no reducibles a la actividad neuronal (Morgado, 2012: 208-213)

Dada la complejidad de esa realidad que es la memoria colectiva, como decíamos al principio de esta introducción, se hace necesario descomponerla en *subrealidades* y, a su vez, en conceptos que nos permita analizarla mejor, al igual que ocurre con la memoria individual que es clasificada en diferentes tipos de memorias: procedimental, declarativa, semántica, episódica, explícita, implícita... Ya el propio Halbwachs, además de distinguir entre la memoria individual y la colectiva, diferenciaba ésta de la memoria histórica o, mejor dicho, de la historia, tal y como prefería definirla el sociólogo francés

(1968: 68). Según dicho autor, la historia es esquemática, unificada y exterior al grupo; la memoria colectiva, por el contrario, es vivida, plural y transmitida en el interior del grupo.

Una de las propuestas de clasificación más interesante acerca de la complejidad de la memoria es la ofrecida por Assmann (2006). Para este especialista, cuatro tipos de memoria se pueden distinguir en esa complejidad: la individual, la social, la política y la cultural. Salvo la primera, se podría decir que las otras tres darían cuenta de la memoria colectiva. Obviamente, aunque difieran en su alcance y rango, las cuatro se superponen y se cruzan. Para que un recuerdo social se transmita de generación en generación es necesario que esté presente en las dos primeras. Pero si se quiere que dicho recuerdo alcance al mayor número de individuos de un colectivo y no pierda *imprinting* social, es conveniente que se manifieste también en una de las dos últimas o en ambas a la vez.

Como ya se ha dicho, la memoria individual da cuenta de los recuerdos propios y de la manera en que estos son codificados, conservados, actualizados y expresados. Vinculados a la experiencia subjetiva, los recuerdos individuales se extinguen con la muerte de quien los posee.

A continuación Assmann define la primera memoria colectiva, la memoria social. Siguiendo a Halbwachs, la memoria social está constituida por aquellos recuerdos que son construidos, desarrollados y conservados en el marco de las interacciones entre individuos, en el de las formas comunes de vida y en el de las experiencias compartidas con otras personas significativas. Aunque estos recuerdos se actualicen principalmente a través de la interacción oral y se fijen en determinados objetos, ritos o conmemoraciones, son volátiles y sujetos a cambios. Las memorias familiares o generacionales pertenecen a este tipo.

La memoria política se diferencia de la social en cuanto que los recuerdos se organizan y se elaboran con el objetivo de homogeneizar y estabilizar dicha memoria y de darle continuidad en las sucesivas generaciones. A estos recuerdos se les dota de una alta carga emocional para que arraiguen en las memorias individual y social. Esto se consigue, por ejemplo, a través de ritos, sitios, monumentos conmemorativos o lugares de memoria altamente formalizados y emotivos. Un ejemplo de este tipo de memoria es la memoria nacional.

Por último, la memoria cultural es aquella que se *almacena* en bibliotecas, archivos y museos, y se diferencia de la memoria política en cuanto que necesariamente no tiene un objetivo tan proactivo. Puede permanecer *latente* hasta que sea activada. Otra diferencia entre ambas memorias, según Assmann, vendría dada por el grado de explicitación de los recuerdos. Estos son claros en la memoria política, mientras que en la cultural son más difusos y están más ex-

puestos a las innovaciones, las transformaciones, las reconfiguraciones y a las reinterpretaciones de los individuos. No obstante, los límites entre la memoria política y la cultural no son claros ya que hay, por ejemplo, museos que se crean con el objetivo claro y preciso de homogenizar y estabilizar la memoria colectiva. Ambas memorias, podrían englobarse en las calificadas por Paloma Aguilar Fernández (2008: 63-64) como institucionales u oficiales, definidas y representadas principalmente por la autoridad política y la administración pública.

3. LUGARES DE MEMORIA, LUGARES DE OLVIDO

Como ya es sabido el concepto de «lugares de memoria» fue planteado por Pierre Nora y ha sido objeto de amplios debates y reflexiones desde que en 1984 publicara el primer volumen de la obra *Les lieux de mémoire*. Asimismo la propia definición se ha ampliado mucho más de lo que el propio autor había especificado en aquella obra, tanto en lo que se refiere a su conceptualización y empleo, como al ámbito territorial al que estaba destinado: Francia (Ferrándiz, 2011: 28-29). Como sostiene el autor, «la noción ya ha sido exportada» (1998: 26) y esta publicación es un ejemplo de ello.

Al igual que lo afirmado respecto a la memoria colectiva, está fuera de lugar abordar en esta introducción los innumerables debates surgidos a partir de la publicación de dicha obra. Aquí simplemente subrayaremos dos ideas que plantea Nora en dicha publicación y que son totalmente pertinentes para contextualizar el conjunto de artículos que configuran *Lugares de memoria traumática*. La primera: «Les lieux de mémoire naissent et vivent du sentiment qu'il n'y a pas de mémoire spontanée, qu'il faut créer des archives, qu'il faut maintenir des anniversaires, organiser des célébrations, prononcer des éloges funèbres, noter des actes, parce que ces opérations ne sont pas naturelles» (1997: 29). Son lugares creados y conservados en los que la memoria se condensa y se materializa (Davallon, 2006: 105), actualizándose en el presente si se quiere que se perpetúe en el tiempo. Si la memoria materializada en los lugares no se vincula a los intereses y a los valores de cada momento, ambos, memoria y lugares, terminarán en el pozo de los olvidos. Su sino será el de los monumentos que Aloïs Riegl calificó como «intencionados» a principios del pasado siglo. Erigidos para rememorar un determinado acontecimiento del pasado, terminan sucumbiendo a los efectos de la erosión y la destrucción una vez que aquellos para los que estaban destinados dejan de mostrar interés en conservarlos (1987: 31-32).

La segunda idea que queremos destacar, y que ya se sugiere en la primera, tiene que ver con «el principio mismo de esta empresa de *Les lieux de mémoire*, que consiste en poner de relieve la construcción de una represen-

tación y la formación de un objeto histórico en el tiempo» (1998: 22). Y en esta empresa que consiste en la construcción de una representación, es decir, de un recuerdo social que se materializa en un objeto, entran en juego diferentes agentes, instituciones o *emprendedores* de la memoria (Jelin, 2002: 48). Es decir, participan todos aquellos que intentan definir, legitimar, reproducir y representar las memorias colectivas en dichos lugares (Roigé, 2014: 30-31): entre otros, el Estado (González Calleja, 2013: 126; Larrinaga Rentería, 2012: 92; Maceira Ochoa, 2012: 26-27; Ortiz, 2011: 52), las élites culturales (Aguilar Fernández, 2008: 50), los medios de comunicación (Sánchez-Carretero, 2011: 21-22), los especialistas en historia y memoria (Assmann, 2006: 216; Hobsbawm, 2002: 20; Kansteiner, 2007: 42; Nora, 1997: 36-37) y diferentes colectivos sociales o asociaciones (Ferrándiz, 2014; Jelin, 2002). Cada uno de estos emprendedores, desde su posición social y valiéndose de sus capitales (Bourdieu, 2000), *lucha* (Jelin, 2002: 39-47) o *guerrea* (Burke, 2011: 495-496) por definir, reproducir o resignificar principalmente las memorias política o cultural, materializándolas en un lugar de memoria. Como afirma Francisco Etxeberria «siempre que hablamos de memoria hablamos de batallas de la memoria. No hay una memoria única. Hay una memoria múltiple, una memoria fragmentada. Hay memorias en conflicto. Eso me parece muy importante, y es algo que hay que mantener» (Leizaola, 2006: 45).

No obstante, cualquier memoria política y cultural debe materializarse y reproducirse en las memorias social e individual, si se quiere, efectivamente, que los recuerdos y la manera de recordarlos permanezcan y actúen eficazmente en los colectivos sociales y en los individuos. Para que las memorias representadas en los lugares de memoria no caigan definitivamente en el olvido, deben insertarse en las memorias individuales y sociales para que sus *portadores* las vayan legitimando en el presente y, consecuentemente, conservándolas. Como en la memoria individual, el presente de los individuos condiciona la conservación y actualización del recuerdo político y cultural. En caso contrario, no irá más allá del grupo de impulsores o «iniciados» (Kansteiner, 2007: 40), perdiéndose en el olvido. La retroalimentación entre la memoria individual y la colectiva es necesaria si se quieren conservar los recuerdos sociales.

Al igual que afirmábamos respecto a la memoria individual, el olvido, en este caso social, es parte constitutiva de la memoria colectiva. Olvidar es necesario para garantizar la continuidad de los grupos sociales (Augé, 1998: 5). La multiplicidad y saturación de experiencias y acontecimientos colectivos impide que todos ellos sean recordados. Por tanto, se hace necesario no recordarlos, ni siquiera registrarlos. En caso contrario se llegaría a una saturación (Peireiro, 2011: 76) y, consecuentemente, a un bloqueo y colapso del colectivo social. Asimismo, olvidar es necesario porque es lo que «nos permite clasificar y convertir el caos en orden» (Lowenthal, 1998: 299). Además, el no recordar puede ser necesario para superar sucesos traumáticos que pudieran condu-

cir a una existencia «insostenible» en los planos individual y social (Todorov, 2000: 15-16)

Otra cuestión es el olvido que se promueve en las *luchas* o en las *guerras* por el control de la memoria. En estos casos se promueve el olvido de todos aquellos recuerdos de hechos y experiencias que supongan el cuestionamiento de aquellos otros que se quieran conservar, legitimar y representar. En este sentido es interesante la propuesta de Paul Connerton acerca de los diferentes tipos de olvidos que se pueden dar socialmente, al poner el acento en los agentes que los impulsan: estados, gobiernos, partidos, agentes económicos, familias, sociedad civil... (2008: 69-70). Consecuentemente, en los lugares de la memoria están los emprendedores de la memoria, pero también los del olvido. Estos también pondrán en juego todo su capital con el objetivo de evitar que determinados hechos o experiencias sociales se recuerden o, en caso de que estén presentes, sean olvidados.

No obstante, al margen de los olvidos *definitivos*, es decir, «aquellos cuya supresión total es exitosa» (Jelin, 2002: 29), hay muchos recuerdos que permanecen latentes, ocultos, silenciados, respecto a la «memoria dominante» (Aguilar Fernández, 2008: 24). Estos, si el contexto social, cultural y político y el campo memorial cambian, pueden emerger y consolidarse en la memoria colectiva a través, en el caso que nos atañe, de la creación de nuevos lugares de memoria o de la resignificación de los ya existentes, tal y como se describe y analiza en los artículos de esta publicación.

4. LUGARES DE MEMORIA TRAUMÁTICA

Los artículos que conforman esta publicación no abordan cualquier tipo de memoria colectiva, analizan aquella que hemos calificado como «traumática» y que se materializa, simboliza y representa en diferentes tipos de lugares de memoria. Según la Real Academia de la Lengua Española, un trauma es una emoción o impresión negativa, fuerte y duradera. Obviamente, el trauma puede ser de muchos tipos. En *Lugares de memoria traumática*, los casos presentados y analizados hacen referencia a experiencias y acontecimientos compartidos de *shock* que tienen consecuencias a largo plazo en los individuos y colectivos sociales, como el Holocausto o las guerras en los Balcanes (Burke, 2011: 42), o las dictaduras de diferente pelaje (Viejo-Rose, 2011: 59). Es decir, son recuerdos de hechos y experiencias que tienen que ver con periodos de guerra, violencia política o terrorismo, tal y como los aborda Jelin en su trabajo *Los trabajos de la memoria* (2002).

Así, gracias al conjunto de artículos que constituyen esta publicación, el lector podrá acercarse a diferentes lugares de memoria traumática reparti-

dos principalmente por los continentes europeo y americano. Karine Bigand analiza los museos Tower Museum, Ulster Museum, Museum of Free Derry en los que se recuerda y representa el conflicto político y armado de Irlanda Norte. La memorialización de la Guerra Civil española y del posterior periodo de represión se aborda en dos artículos. El primero, escrito por Jordi Font Agulló, David González Vázquez, Gemma Domènech Casadevall y Salomó Marquès Sureda, se sitúa en Cataluña, centrándose especialmente en el Museu Memorial de l'Exili. El segundo, en el País Vasco, Xabier Herrero Acosta y Xurxo M. Ayán Vila examinan algunos museos y centros de interpretación en los que se expone dicho conflicto armado. Marie Hocquet estudia el Stasi Museum en Berlín y Dominique Chevalier lo hace con relación a varios museos y monumentos que representan la Shoah, el museo Terror Háza en Budapest y el Museo de los Crímenes Genocidas Tuol Sleng en Camboya. Ana María Sosa y Malena Bastías Sekulovic presentan lugares de memoria vinculados a las dictaduras en Uruguay y Chile. Sosa se centra en el proyecto *Marcas de la Memoria* y el Centro Cultural y Museo de la Memoria en Montevideo, y Bastías Sekulovic en el Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos en Santiago de Chile. En el último estudio de caso, Kathryn Lyons analiza el reto que supuso llevar a cabo la exposición *Peace – The Exhibition* en el Canadian War Museum. Por último, el libro cuenta con dos artículos que van más allá de los estudios de casos, si bien hacen referencia a muchos y variados lugares de memoria, escritos por Xavier Roigé y Jean-Yves Boursier. Roigé expone una serie de estrategias políticas, museológicas y museográficas de presentación de los recuerdos en diferentes lugares de memoria. Y, para cerrar la publicación, Boursier presenta un conjunto de reflexiones surgidas a lo largo de sus *paseos* en Francia por diferentes campos de ruinas, a saber, por lugares de memoria traumática.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR FERNÁNDEZ, P. (2008): *Políticas de la memoria y memorias de la política: el caso español en perspectiva comparada*, Madrid: Alianza Editorial.
- ALLIER MONTAÑO, E. (2008): «Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria», *Historia y Grafía*, v. 31, pp. 165-192.
- ASHWORTH, G., GRAHAM, B. y TUNBRIDGE, J. (2007): *Pluralising Pasts: Heritage, Identity and Place in Multicultural Societies*, London: Pluto Press.
- ASSMANN, A. (2006): «Memory Individual and Collective», en GOODIN ROBERT, E. y TILLY, C. (eds.) *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford: Oxford University Press, pp. 210-224.
- AUGÉ, M. (1998): *Las formas del olvido*, Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, P. (2000): *Cuestiones de sociología*, Madrid: Istmo.

- BURKE, P. (2011): «Historias y Memorias: un enfoque comparativo», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n. 45, pp. 489-499.
- CANDAU, J. (2006): *Antropología de la memoria*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- CONNERTON, P. (2008): «Seven types of forgetting», *Memory Studies*, v. 1(1), pp. 59-71.
- DAVALLON, J. (2006): *Le don du patrimoine: une approche communicationnelle de la patrimonialisation*, París: Lavoisier.
- FERRÁNDIZ, F. (2011): «Lugares de memoria», en ESCUDERO ALDAY, R. (coord.) *Diccionario de memoria histórica: conceptos contra el olvido*, Madrid: Catarata.
- (2014): *El pasado bajo tierra: exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*, Madrid: Anthropos.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2013): *Memoria e historia: vademécum de conceptos y debates fundamentales*, Madrid: Libros de la Catarata.
- HALBWACHS, M. (1925): *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris: Librairie Félix Alcan.
- (1968): *La mémoire collective*, París: Presses Universitaires de France.
- HOBBSAWM, E. (2002): «Introducción: la invención de la tradición», en HOBBSAWM, E. y RANGER, T. (eds.) *La invención de la tradición*, Barcelona: Crítica, pp. 7-21.
- JELIN, E. (2002): *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI.
- KANSTEINER, W. (2007): «Dar sentido a la memoria: una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva», *Pasajes: revista de pensamiento contemporáneo*, n. 24, pp. 31-43.
- LARRINAGA RENTERIA, A. (2012): «Kultura estatu-eraikuntzan: estatua proiektu sinboliko gisa», en *Euskal estatuari bidea zabaltzen: herritartasuna eta Kultura*, Bilbao: Ipar Hegoa Fundazioa eta Udako Euskal Unibertsitatea, pp. 85-100.
- LEIZAIOLA, A. (2006): «La antropología a pie de fosa. Diálogo con Francisco Etxeberria y Francisco Ferrándiz sobre la memoria de la Guerra Civil», *Ankulegi*, n. 10, pp. 33-46.
- MACDONALD, S. (2013): *Memorylands: Heritage and Identity in Europe Today*, London and New York: Routledge.
- MACEIRA OCHOA, L. (2012): *Museo, memoria y derechos humanos: itinerarios para su vista*, Bilbao: Universidad de Deusto.

- MORGADO, I. (2012): *Cómo percibimos el mundo: una exploración de la mente y los sentidos*, Barcelona: Ariel.
- MORIN, E. (1993): *El método II: la vida de la Vida*, Madrid: Cátedra.
- NORA, P. (1997): *Les lieux de mémoire*, París: Gallimard.
- (1998): «La aventura de Les lieux de mémoire», *Ayer*, n. 32, pp. 17-34.
- ORTIZ, C. (2011): «Memoriales del atentado del 11 de marzo en Madrid», en SÁNCHEZ-CARRETERO, C. (coord.) *El archivo del duelo*, Madrid: CSIC, pp. 33-65.
- PEREIRO, X. (2011): «Antropología, memoria social e historia», *Apea*, n.3, pp. 65-79.
- RIEGL, A. (1987): *El culto moderno a los monumentos*, Madrid: Visor.
- ROIGÉ, X. (2014): «Més enllà de la UNESCO. Gestionar i museïtzar el patrimoni immaterial», *Revista d'Etnologia de Catalunya*, n. 39, pp. 23-40.
- SÁNCHEZ-CARRETERO, C. (2011): «El archivo del duelo», en SÁNCHEZ-CARRETERO, C. (coord.) *El archivo del duelo*, Madrid: CSIC, pp. 11-31.
- SCHACTER, D.L. (2003): *Los siete pecados de la memoria*, Barcelona: Ariel.
- SIEGEL, D. J. (2007): *La mente en desarrollo: cómo interactúan las relaciones y el cerebro para modelar nuestro ser*, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- SUTTON, J. (2010): «Memory», en ZALTA, E.N. (ed.) *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, <http://plato.stanford.edu/archives/sum2010/entries/memory> [consulta: 25 de enero de 2012].
- TAMM, M. (2013): «Beyond history and memory: new perspectives in memory studies», *History Compass*, v. 11(6), pp. 458-473.
- TODOROV, T. (2000): *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós.
- VIEJO-ROSE, D. (2011): «Destruction and Reconstruction of Heritage: Impacts on Memory and Identity», ANHEIER, H. y ISAR, Y. R. (eds.) *Heritage, Memory & Identity*, Londres: SAGE.